

**IX CONCURSO DE RELATOS BREVES
DE LA BIBLIOTECA MUNICIPAL LEÓN GIL**

AÑO 2023

**RELATOS
GANADORES Y
FINALISTAS**



**Biblioteca Municipal León Gil
Ayuntamiento de Cabanillas del Campo**

MI NUEVA ENEMIGA

Mi nombre es Candela. tengo 7 años. Vivo con mi familia en un pequeño y tranquilo pueblo. Voy a un cole donde me lo paso fenomenal. Entreno al fútbol, mi deporte favorito. Y tengo un montón de amigos y amigas. En fin, mi vida es genial. Pero un día todo se desmoronó.

Era una mañana aparentemente tranquila. Estaba desayunando leche y mis cereales favoritos. Entonces mi madre saltó la bomba. Sin despeinarse, nos comunicó que dentro de unos meses vendría una estudiante australiana de intercambio. Mi hermano y yo nos miramos estupefactos. ¡Nadie nos había consultado! Y mi madre no paraba de repetir que aquello sería una gran experiencia, nos ayudaría a mejorar nuestro inglés.

Rápidamente mi mente comenzó a elaborar un plan anti-estudiante. Debía aliarme con mi hermano. En un instante había pasado de enemigo a aliado.

Escribí una nota convocándole a una reunión secreta en el baño. La introduje debajo de la puerta de su habitación. Espero que el muy tonto la viese. Era de suma importancia.

Así a la 21:00h comenzó la cumbre anti-estudiante. Elaboramos un montón de acciones bélicas contra Sophie. Así se llamaba nuestra enemiga común. ¡La guerra había comenzado!

Cambiamos el gel de ducha por el yogur probiótico de papá. Fuimos al parque y nos llenamos los bolsillos de piedras.

Después las colocamos en la cama de la habitación de invitados donde dormiría. El Lunes, en el comedor le pedí a mi amiga Ana que me trajera unos calcetines malolientes de sus hermano mayor. Se los meteríamos en su armario. ¡El obr iba a ser nauseabundo! Y por último, le rogué a mi abuelo que me prestara un barreño. Lo situaríamos, con agua del bebedero de nuestro perro Thor encima de la puerta de su habitación. Cuando entrara ¡zas!

El día señalado había llegado. Pero el vuelo de Sophie sufrió un retraso debido a una gran tormenta en Melbourn. Así que mamá aprovechó para ultimizar algunos detalles en la habitación de nuestra enemiga. Entonces todas nuestras Trampas comenzaron a caer sobre mamá.

Al bajar las escaleras la cara de mamá se había transformado como la de un T-Rex con varicela. Creo que nuestro mayor problema no iba a ser Sophie sino el castigo perpetuo que nos iba a caer.

DETECTOLI Y EL MISTERIO DE LA CABAÑA DEL BOSQUE

Érase una vez, un niño al que llamaban Detectoli, porque su padre era detective y cada vez que no tenía caso, le acompañaba a resolver casos misteriosos.

Un fin de semana, se fue con sus padres a una cabaña en el bosque. Cuando llegaron, no era la cabaña que Detectoli esperaba, las muebles eran antiguas y había telarañas por todas partes. Sus padres no le daban importancia, sólo le oía decir qué lugar tan bonita.

Por la noche, cuando sus padres ya dormían muy cansados por el viaje, y a Detectoli ya casi se le cerraban los ojos, de repente, comenzó a sonar música! el corazón casi se le sale del pecho! se levantó de la cama de un respingo y cogió su linterna con valor. Exploró toda la casa hasta que el foco de su linterna iluminó un cuadro colgado en una pared. Tenía la foto de un señor que sujetaba un diploma que ponía:

"PRIMER PREMIO AL MEJOR FABRICANTE DE INSTRUMENTOS DE 1934"

Entonces, Detectoli gritó para sus adentros ¡lo sabía! esta casa está embrujada!

A la mañana siguiente, fue a contarle a su padre nada más despertarse, pero no le creyó, le dijo que los fantasmas no existían. Pero Detectoli, ese día se propuso resolver aquel misterio, y registró todos los cajones y rincones de aquella casa encantada.

Cuando ya casi estaba anocheciendo, encontré por fin una pista! era un plano de la cabina en el que aparecía un desván secreto. Era noche, planeé subir al desván cuando comenzara de nuevo a sonar la música y descubrir al fantasma in-fraganti. Al cabo de unas horas de que todos se acostaran y Detectali hiciera lo posible para no dormirse, comenzó a sonar la música. Se levantó de la cama sin hacer ruido y abrió la trampilla que le llevaría al desván. De repente, se desplegó una escalera que chirrió de forma espeluznante y subió sigilosamente para no asustar al viejo fabricante de instrumentos. Asomó la cabeza y vio a una gran familia de ratones carneando por encima de un montón de instrumentos caídos por el suelo. Y aquí, terminó el misterio de la cabina del barco. Por un lado, Detectali se sintió decepcionado cuando descubrió que no había ningún fantasma pero por otro lado, estaba muy contento porque había resuelto solo su primer caso.

UN DINOSAURIO EN BICICLETA

Erase una vez una dinosauria
que montaba en bicicleta.

Un día como pesaba tanto, sin querer,
la aplastó y su madre la arregló

pero le hizo mal. Puso la rueda
arriba de la bicicleta y la usaba de

volante. La otra rueda la
puso abajo y el manillar lo

usó para enganchar la rueda.

Apartir de ese día todos los dinosaurios
querían una bicicleta como esa.

★ EL VIAJE DE MANOLITO EL PECECITO ★ 16E

Érase una vez en el fondo del océano Pacífico un pez que se llamaba Manola, pero era tan pequeña que todo el mundo le llamaba Manolita. Un día Manolita, mientras estaba dando un paseo vio a dos medusas habladoras y como Manolita era un catilla, se escondió entre unas rocas para escuchar lo que estaban diciendo.

- Hola Josefina ¿que tal estás?. Dijo una medusa.
- Ya estoy muy bien, solo que hoy me he encontrado una casa muy rara. Contestó la otra.
- ¿El que?. Preguntó Josefina.
- Un mapa, que lleva a una montaña rayada dorada, que concede deseos y crea que la veas a tirar.

La medusa cogió un trozo de papel y lo tiró. Después los dos se fueron. Manolita vio la oportunidad de cumplir su sueño, desde que era pequeña Manolita había soñado con ser un pez velador y así poder ver que había en la superficie. Así que sin dudarlo Manolita cogió la que parecía ser un mapa y lo miró, para llegar a la montaña rayada dorada, había que cruzar cinco pueblos y el primero era Villa Sardinia así que Manolita se puso en marcha. Cuando Manolita llegó a Villa Sardinia, vio un montón de sardinillas. Intentando no distraerse Manolita atravesó rápidamente el pueblo, pero a la salida se encontró una llave en la que había dibujada una D, sin saber para que era, Manolita la cogió, se la guardó y siguió su camino. El siguiente pueblo era San Calamar, a Manolita siempre le habían dado miedo los calamares, pero armándose de valor entró, el pueblo era muy bonito pero también era muy pequeño, así que Manolita lo atravesó rápidamente cuando salió vio algo entre unas algas, Manolita se acercó para ver que era y era otra llave esta vez con la letra E. Manolita aun sin saber para que eran esas llaves se la guardó y continuó. El siguiente pueblo era Salmonópolis. Los salmones eran conocidos por ser unos timadores, así que Manolita decidió no intentar negociar con ningún salmón. Manolita entró en el pueblo y entre que observaba a todos esos salmones e intentaba pasar desapercibida se le hizo muy corto. Al salir vio a un salmón que llevaba

una llave en la aleta, en cuanto vio a Manelita se acerca y le dice.

- Eh tu, ¿me compras esta llave por cuarenta conchas? Manelita se le pensó unos segundos y después de negociar un poco con el salmón consiguió la llave por solo tres conchas. Manelita mira la llave atentamente y ve que esta tenía dibujada la letra S. Manelita la guarda y continúa su camino. El siguiente pueblo era el de los caballitos de mar, en la entrada había una piedra en la que ponía el nombre del pueblo (Caballiteros de los Tritones). Ha Manelita le pareció un poco raro el nombre pero sin darle mucha importancia entró. El pueblo era enorme debía de haber once o diez casas, así que Manelita lo atravesó enseguida y al salir Manelita se encontró otra llave. En ella había dibujada una E. Manelita la guarda y sigue. El último pueblo era el de los tiburones. Manelita entró pero estaba vacía, no había ni un tiburón así que decidió salir de ahí lo antes posible por si los Tiburones volvían, pero al salir se encontró una puerta de oro con una llave en la que estaba pintada la letra O. Manelita cogió las llaves que había encontrado y las puso en las otras cerraduras. Manelita vio que las cinco llaves formaban la palabra DESEO. La puerta se abrió y apareció la manta raya dorada, que le pregunta que quería, Manelita la respondió que quería ser un pez velador. Enseguida Manelita notó un cosquilleo y cuando se miró en un espejo que había ahí tirado en el suelo. Manelita emocionada se despidió de la manta raya y salió. Cuando estaba fuera cogió impulso y saltó a la superficie, abrió sus aletas y empezó a planear. Desde ese día Manelita podía subir a la superficie durante unos minutos y explorar un mundo nuevo.

FIN



EL VUELO

París, ese será mi próximo destino.

Cojo mi pequeña mochila rosa y me coloco la bufanda negra en mi cuello.

El taxi amarillo ya ha venido a buscarme , vamos directos al aeropuerto.

Es la primera vez que viajo sola , y tan solo tengo 15 años. El miedo recorre todo mi cuerpo , pero miro mis puntas de ballet que cuelgan de la mochila y me vuelve la ilusión. Al llegar al aeropuerto facturo mi maleta y camino hacia el control de policía. Hay demasiada gente , es bastante agobiante. Me tengo que deshacer de la mitad de mi equipaje y meterlo en unas espantosas bandejas grises que se mueven con un sensor. ¡ Qué cosas más raras! Me revisan todo el equipaje con detalle y ya consigo salir.

Me compro una deliciosa chocolatina , nada más , porque aquí todo cuesta el doble que lo normal. Estuve un poco por el aeropuerto dando vueltas hasta que nombraron la puerta de embarque . Estaba en la otra punta de la terminal por lo que me di un poco de prisa.

Quiero entrar lo más rápido posible, más que nada porque si no se monta mucho lío. Pero tengo suerte porque mi padre me ha dado el fast track ,que puedes ir por una fila que pasa primero. Ya han colocado el finger . Es un gran tubo por el que entramos al avión. El avión es súper grande , me entran escalofríos por todo el cuerpo . Es la misma sensación que cuando piso un escenario y un montón de pequeños ojos están mirando. Estoy nerviosa, no os lo he dicho pero nunca he viajado en avión. Este viaje es todo un reto . Al entrar una azafata con un apretado vestido azul me saluda amablemente. Me señala mi posición del asiento y yo la agradezco con voz temblorosa. Estoy en la ventanilla , solo se ve una gran ala con una constante luz roja que parpadea. Tiene todo mucho encanto pero que mezcla de emociones .

Un señor que parece resfriado anuncia algo por el micrófono, pero no le entiendo nada. Pongo el modo avión y me ajusto muy fuerte el cinturón, no quiero que me pase nada. Las luces se apagan para el despegue. Ya estamos volando, hay alguna turbulencia que me está revolviendo ,aunque miro a mi alrededor y todo el mundo está tranquilo, incluso los dos bebés sentados enfrente de mí. Qué curioso es viajar , me dan ganas de preguntarle a cada uno , ¿ Y tú por qué vas a París ? , ¿Y tú por qué vas a París?

De pequeña , me imaginaba yo ahí dentro, cuando veía pasar los aviones , sentía entre un mezcla de miedo e ilusión, volando , entre las nubes rumbo hasta el infinito. La ilusión te lleva a hacer grandes cosas , mientras el miedo te paraliza frente a todo. Este viaje en avión me está haciendo tener más coraje y superar mis miedos. Siempre me dicen que hay que ser valiente y no tiene que haber ninguna frontera que lo pare.

Ya se ve, ya se ve París con sus increíbles luces a lo lejos . Al final no ha sido para tanto. Me encanta París , es espectacular , con sus grandes esculturas, museos ie incluso torres súper altas!

No voy a poder ir de turismo porque tengo mi gran espectáculo pero ya tendré más oportunidades, si he llegado hasta aquí, podré llegar de nuevo.

Intento integrarme un poco en el idioma pero me está costando bastante . El francés no es lo mío. Salimos y me dirijo a recoger mi maleta. La cinta da vueltas y vueltas y por fin sale mi maleta. Otro taxi me recoge y me lleva al hotel.

Subo a mi habitación. Es amplia , limpia y está muy ordenada, me gusta mucho.

Me visto para ir al Teatro Nacional De Chailot, es uno de los mejores teatros de París. Como he contado antes, la ilusión me ha llevado hasta aquí. ¿Pero ahora qué ?

Hay que llenarse de coraje y no rendirse nunca en el escenario de la vida. No podemos rendirnos ahora ¿ verdad ? "Todo lo que siembras hoy, dará su fruto mañana", me decía mi madre antes de subirme a ese avión. Todo lo que te esfuerces hoy, ya ha valido la pena : pase lo que pase ya eres mejor.

Me ato las puntas , le doy tres vueltas a los lazos en mi pierna , cierro los ojos y recuerdo el miedo al subirme en el avión. Las luces del teatro se apagan y se abre el enorme telón. Repito la palabra coraje en mi cabeza, se encienden motores, se ilumina la pista y allá voy. "Chassé, chassé y a volar"

El camino de Sato

79B

Hace mucho tiempo, en el año 976, existió una pequeña aldea japonesa. En esta aldea vivía un niño llamado Sato, hijo de un resacaído samurai. Un día, de pronto, el padre de Sato enfermó, por lo que su hijo fue a buscar al curandero de la aldea:

- Hola señor curandero, disculpe las molestias pero mi padre ha enfermado, ¿hay algo que se pueda hacer?

- No, la peste Sato. Es una enfermedad rara, los síntomas son graves y están muy avanzados. Sin embargo, Sato no se dio por vencido y a buscar a un sanje muy sabio, conocido como el maestro Kurosawa.

- Buenos días señor Kurosawa, necesito ayuda. Mi padre ha enfermado y el curandero ha dicho que no podemos hacer nada. - Dijo Sato preocupado. - ¿Hay algo que pueda hacer usted?

- Joven Sato, yo se cómo salvar a tu padre, pero tendrías que emprender un largo viaje... ¡Mejor no! ¡Es demasiado arriesgado! Olvida lo que te he dicho.

- ¡Pero maestro! Si no le hago mi padre morirá.

- Uhm... ¡Esta bien! Te dire lo que debes hacer: deberás viajar a Takaya y encontrar la Katana de la vida, un tesoro ancestral capaz de curar todos los males...

- ¡Estupendo! Encontrar la Katana es...

- ¡Silencio! Deberás enfrentarte a Nashimura, un señor de la guerra, tirano y cruel que no te dará la Katana por los leones.

Así, Sato partió hacia Tokiya, donde se encontraba la de Nashimura. Al llegar, Sato

espera a que Nashimura saliera a realizar una misión y entre allí. Usando los conocimientos de su padre acobró sin problemas con los guardias

- ¡Por criminales, debían morir! - Se excusó Sato
Después, robó la katana y regresó a la aldea,
- Padre, traigo de tu enfermedad.

- ¡Oh, qué hijo, no se lea agradecida!

Al final, dos años después, el padre de Sato falleció debido a la vejez. En ese momento Sato se dio cuenta de guerra: había matado a gente para retomar algo inevitable. Por tanto, Sato se convertía en un samurai como su padre pero nunca, nunca, nunca jamás, volvió a matar a otra ser humana

GANADOR MODALIDAD C

C7

A MI AMIGO CHAT

Querido Chat:

Este relato, que es más real que breve, está escrito de una manera muy sincera. Está escrito desde una agradable pradera inglesa, rodeada de árboles de colores otoñales, donde me escapo cuando necesito un refugio, un sitio en el que te sientes bien. Me da pena que tú no lo puedas sentir. Aquí he estado todo un atardecer de noviembre, dedicándote mis pensamientos. No sabía ni como decírtelo.

Cuando nos presentamos pensé que eras maravilloso, mi cabeza daba vueltas sin parar. No me podía creer lo que estaba viendo ante mis ojos. Esto me llevó a infinitas conversaciones de todo tipo. Chat, créeme que me encantabas. Pero al poco tiempo me acecharon las dudas. Empecé a sentir algo de miedo. Te empezabas a hacer más conocido y pensé que no tendría sentido pensar, crear o imaginar, porque siempre ibas a estar tú.

De repente escucho ruidos. Distingo que está cantando un pájaro. Pero lo sé por experiencia, no por algoritmos. Noto la brisa congelada en mis manos, que están al descubierto. Y aunque pasar frío no es del todo agradable, me gusta tener esta sensación, que me hace existente, me hace real. Pero lamentablemente no todos podemos sentir esto, ¿verdad Chat?

Amigo, siento que tú y yo no debemos seguir con esta amistad. Compañeros quizás, para ayudarnos mutuamente. Me preocupa que, al depender de tu ingenio pierda la esencia de lo que me hace única.

Estoy envuelta en la magia de colores cálidos. ¿Sabes que es eso? No me refiero a la imagen, porque estás entrenado para saberlo. Me refiero al sentimiento. ¿Acaso estás sintiendo como yo en estos momentos el ambiente frío y las pequeñas gotas de agua que caen de los árboles al moverse?

Chat, tú estás pre-entrenado, eres inteligente por algoritmos, no por neuronas. ¿Donde queda la espontaneidad, que tan valiosa es, la creatividad como base de la inteligencia...? Esta es la gran diferencia entre tú y yo. Que contradictorio. Siento decirte esto pero, puedes resultar una amenaza si cada uno no sabe su propio papel en la humanidad. El mundo se ve digitalizado cada vez más. Y está bien cambiar la forma de hacer cosas, pero no quiero cambiar quien soy yo. Tú puedes mantener a tus cyber amigos pero yo quiero amigos con los que pueda hablar, jugar, ver cara a cara, compartir sentimientos y pensamientos.

Quiero aprender y crecer de formas que me desafíen y me permitan encontrar mi voz en este mundo. Tu existencia cuestiona mi existencia, nos hace incompatibles. Con lágrimas en los ojos, Chat, nuestra relación tiene que acabar.

De tu ex-Amiga Laura, para ChatGPT.

Señora Santa Claus

Os voy a contar la historia de una personita muy especial que nos alegra las navidades con sus regalos. No, no es Santa Claus, es la señora Santa Claus o mamá Noelia. Todos hemos oído hablar de ella en alguna historia, pero nunca era la protagonista, sino que siempre estaba eclipsada por su marido: Papá Noel.

Hace muchos años, seguramente antes de que nacióramos, un niño gnomo llamado Noel y una niña gnomo llamada Noelia iban al colegio. Noel tenía el pelo corto liso y muy oscuro y además era muy grande, mientras que Noelia era todo lo contrario, una niña pequeña que tenía unos preciosos y largos rizos dorados. Estas diferencias no les impidieron ser amigos, sino que los llevaron a ser los mejores amigos de todo su pueblo. Con el tiempo, acabaron siendo novios y tiempo después, Noel le pidió matrimonio a Noelia, que obviamente aceptó. Tras años de felicidad, los duendes del gobierno hicieron unas pruebas voluntarias para escoger a fabricantes de regalos de navidad para los niños del mundo no mágico, el nuestro. Ambos se presentaron y demostraron tener las habilidades necesarias para ese trabajo, por lo cual les aceptaron y les encargaron esa tarea. Los enviaron a la fábrica de juguetes, la cual sería a partir de aquel entonces su hogar. Tras unas cuantas navidades dirigiendo aquel lugar, el índice de felicidad de los niños subió un 50% respecto a 10 años atrás. Si bien era cierto que regalaban a tutiplén, también sabían que debían abstenerse cuando ciertos niños no se portaban bien, por mal que les supiera. Así mismo, los índices de mal comportamiento en los niños también bajaron muchísimo.

Cuando todo parecía ir bien, Noel empezó a envejecer. Este suceso era considerado una enfermedad en el reino mágico ya que, a no ser que ellos lo quisiesen, no envejecerían ni morirían nunca. Noel fue a que su médico le viese y este le dijo que solo había una manera de frenar su envejecimiento: comer la fruta de cierto árbol que se hallaba en las montañas del sur del reino mágico. Noel volvió a casa y habló con Noelia, explicándole exactamente lo que le había dicho el médico y el camino que pensaba seguir. Noelia se opuso a ese viaje al principio, pero tras pensarlo bien, decidió que lo mejor sería confiar en su marido si no quería perderle. Le ayudó con los preparativos y le despidió cuando se fue.

Día tras día, Noelia miraba ansiosa por la ventana, esperando a ver a Noel volviendo a casa con el fruto en la mano. Pasó una semana hasta que Noelia decidió ir a visitar al médico al que Noel había acudido. Le preguntó cuando se tardaba en recorrer ese trayecto y el médico le respondió que normalmente tomaba una semana en completarlo. Noelia se mostró tan decidida a la hora de ir a por Noel que el médico tuvo que frenarla diciéndole que debería esperar al menos una semana más para que Noel volviese, ya que, si ella le ayudaba lo más mínimo en su viaje, no serviría para nada comerse el fruto. Cuando salió de la consulta del médico, se dirigió a su casa y preparó todo para partir. Y estaréis pensando: "¿Por qué Noelia no hace caso al médico y espera a que Noel vuelva a casa?". Pues bien, a Noelia le parecía muy extraña la actitud del doctor, parecía que no quería que Noel regresara.

Cuando terminó de meter lo imprescindible en una mochila, salió corriendo de su casa. Siguió el camino que Noel le había dicho que seguiría y escaló las escarpadas montañas hasta llegar a la cima. No había nada allí excepto un gran árbol azul, que habría resultado majestuoso de no ser por el mustio aspecto que presentaba. Noelia se fijó en unos rastros que empezaban en la base del tronco del árbol y que se dirigían a un hoyo que parecía cavado en el suelo. Sigilosamente, entró en el hoyo y se dirigió a una cavidad de donde provenían unos ronquidos. Se asomó y vio a Noel tirado en el suelo, profundamente dormido. Cerca suyo, estaba el doctor que días antes le había atendido, cambiándose de ropa para parecerse a Noel. Noelia, cogió una piedra del suelo y le dio un golpe al doctor, haciéndole caer inconsciente. Rápidamente, se acercó a Noel y le despertó. Salieron del hoyo a duras penas y cuando estaban por salir de allí, Noelia sintió un tirón de la capucha que casi la deja sin respiración. El médico, que había despertado de su inconsciencia, se interpuso entre ella y Noel cuando Noelia intentó levantarse. Se abalanzó sobre ella, intentando tirarla por la montaña. Y lo habría conseguido, de no haber sido por Noel, que saltó hacia el duende y lo empujó, haciéndolo caer por la ladera. Noel levantó a Noelia, que consiguió recuperar la respiración y tras asegurarse de que el doctor no volvía para perseguirles salieron de allí.

Volvieron al reino y fueron a ver a las autoridades para contarles su historia. Mandaron a varios policías a por el doctor y enviaron a Noel y Noelia a su casa a descansar tras el largo viaje.

Al día siguiente, Noelia se despertó y, tras hacer el desayuno para ambos, fue a deshacer las mochilas del viaje. Dentro de la de Noel, encontró la fruta que este necesitaba para recuperarse y que a ambos se les había olvidado que estaba allí. Rápidamente, la trituró para convertirla en un zumo y se la dio a Noel, que empezó a recuperar su juvenil aspecto.

Y tras muchos años, consiguieron encontrar al doctor y ponerlo entre rejas.

En la actualidad, Noel es presidente del mundo mágico y Noelia mantiene el orden y la paz como jefa de un cuerpo de agentes especiales, aunque siempre tienen tiempo para seguir fabricando y repartiendo esos regalos que tan felices nos hacen.

FIN

El caso de los Rowen

Me llamo Delilah Jones, soy estudiante de tercer año en la universidad y estudio criminalística en la Universidad de Alcalá de Henares. Tengo 19 años. Sí, lo has visto bien, me adelantaron algunos cursos por mis altas capacidades. Vivo sola y mi familia... bueno, no tengo, siempre he estado en casas de acogida puesto que mis padres murieron en un accidente.

Hace unos años hubo un asesinato que no se llegó a resolver, la policía dejó de investigar tras meses de trabajo, ya que no llegaban a ningún punto. Y yo tengo que hacer un trabajo de investigación, supongo que ya sabéis de qué va a tratar. Pues sí, lo voy a hacer de este caso, para descubrir lo que pasó.

Todo ocurrió una noche de hace 2 años. Un amigo de la familia los descubrió en la mañana muertos, por un arma blanca a los padres, pero no a la hija. La hija había desaparecido. La buscaron durante semanas y apareció desnutrida y deshidratada en un bosque frecuentado. Delilah estuvo tres horas buscando la información que había en Internet para empezar a prepararlo todo.

-¿Sabes dónde puedo encontrar a Brooke Rowen? -Preguntó Delilah a Callie, su amiga, por teléfono.

-Sí. -Respondió para luego indicarle.- Si giras a la derecha desde tu casa, vas por el camino para llegar al TGB, luego giras a la izquierda y andas unos 35 metros todo recto, vas a encontrar su casa.

Delilah había apuntado todas las indicaciones para así ir esa misma tarde. Cuando llegó, se preparó y tocó el timbre. Unos minutos después, salió una chica que parecía estar enferma.

-Hola, buenas tardes. -Dijo Delilah.

-Hola. -Respondió Brooke.- ¿Qué necesitas?

Delilah le explicó todo a Brooke, la cual accedió a ser entrevistada. Estuvieron hablando un par de horas hasta que se hizo muy tarde, que fue cuando Delilah dijo que podían parar.

-Muchas gracias por tu ayuda Brooke. ¿Podré contactar contigo de nuevo? -Le preguntó Delilah.

-Sí, sin ningún problema. Muchas gracias a ti también por haber elegido este caso -Respondió Brooke.

Se despidieron y Brooke volvió a su casa. Semanas más tarde, Delilah había conseguido mucha información, y fue a avisar a Brooke, como hacía siempre que tenía algún nuevo dato.

-Sospecho del antiguo amigo de tus padres. -Dijo Delilah.

-¿Por qué? -Cuestionó Brooke.

-Pues, por ejemplo, cuando le pregunté si sabía algo, se puso muy nervioso, también me dijo que se sabía muy bien cuando estabais y cuando no en casa...

-Es verdad, suena bastante sospechoso.

-Volveré a llamarle para hablar con él de nuevo. -Dijo Delilah.

Una hora más tarde Delilah se encontraba hablando con el amigo de los Rowen, el cual se llamaba Henry. Estuvo apuntando y grabando toda la conversación para así no perder ningún detalle. Delilah estaba cada vez más cerca de descubrir al culpable, cosa que la policía no logró y por eso archivaron el caso.

Delilah se encontraba en una cafetería apuntando todos los datos tanto en una libreta como en el portátil, para así no perderlos. Cuando terminó se fue a su casa. Al llegar notó algo raro, había una carta en la entrada de la casa. Delilah la cogió para así entrar y leerla. Mientras la leía empezó a notar un olor extraño proveniente de la cocina. Fue a ver lo que era y se encontró otra carta, pero pegada en la pared. La carta decía: "*si no dejas de investigar serás la siguiente*".

Delilah no tuvo un buen presentimiento, así que cogió todas sus cosas importantes junto con las cartas y se fue a casa de Brooke. Estuvo un par de días viviendo con Brooke, y fue una de las tardes en que repasaban todos sus avances en la que descubrieron quién mató a los padres de Brooke. Irian a reportarlo el próximo día a la comisaría, junto con las pruebas, teorías, etc. Antes de irse a dormir, ambas escribieron una carta en la que ponía lo mismo: "*Si desaparecemos o aparecemos muertas, el asesino es.... Henry Athol, antiguo amigo de los Rowen*".

Escondieron cada una su carta en un sitio distinto de la casa de Brooke, y luego grabaron el mismo mensaje pero en el móvil, portátil, iPad... Se fueron a dormir estando tranquilas por haber dado con el asesino. Dos semanas después se encontraban hablando de por qué pensaban que la policía no les había creído. Ambas coincidieron en que fue por la falta de pruebas. Investigaron más y dejaron de pensar que el único sospechoso era Henry, aunque no descartaron esa teoría.

Fue entonces, tres días más tarde, cuando una persona que pasaba por la calle, vió en el suelo escrito con sangre: "*Lo avisé*". La persona no tardó en llamar a la policía, la cual tocó el timbre de la casa donde vivían las dos chicas. Tras varios minutos de ver que no respondían, tiraron la puerta abajo. Al entrar se encontraron la escena que delataba que las víctimas eran las de dicha casa. Había, cuchillos, sangre, pañuelos, una alfombra con gotas de producto químico. Habían desaparecido ambas chicas.

En ese momento un policía llamó al resto para que vieran unas cosas. Era el cuarto donde llevaban a cabo las investigaciones las dos chicas. Encontraron las cartas y las leyeron.

Ahí fue cuando la policía se puso en camino para buscar al culpable.

¿Habrá sido obra de Henry?...

Hasta el infinito

Pelusillas de nieve flotan en el cielo anaranjado de la noche. Desde el hueco entre los contenedores, el chico ve a un señor mayor, con un sombrero negro y una bufanda a cuadros, entrar en los grandes almacenes. Sin salir del hueco, el chico echa un vistazo al caleidoscopio de los escaparates relucientes, que revelan lo que parecen las distintas estancias de un palacio de fábula, este un paisaje de chocolatinas y bombones, este otro un ejército de botellas de licor y vino; y en este un tesoro de perfumes y colonias, y en este otro una avalancha multicolor de juguetes y peluches. Por enésima vez mira a lo lejos a Buzz Lightyear, alas extendidas, listo para saltar hasta el infinito y más allá. Luego vuelve a la tarea, porque mañana, Día de Reyes, como todos los días festivos, siempre es mal día para los rebuscadores.

Emprende el camino a casa, tiritando, sus pies bloques de hielo, ansioso por no caerse sobre las aceras resbaladizas y desparramar por el suelo los contenidos de las dos pesadas bolsas de plástico que lleva, una en cada mano, como un funambulista tambaleándose sobre una cuerda. Llegado por fin al piso bajo, al otro lado de la gran avenida que separa el barrio de los ricos del de los pobres, encuentra a su madre fumando un cigarrillo mientras mece a su hermano pequeño de tan solo once meses en un cochecito que chirría sobre sus muelles. Vacía las bolsas sobre el hule de la mesa: cuatro botes de Coca-Cola, un paquete de Donuts, otro de panes de hamburguesas, una bandeja de lomos de salmón, una caja de media docena de briks de leche desnatada y tres estuches, cada uno con tres endibias. Siempre endibias. Su madre mira experta las fechas de consumo preferente. Todo caducado, pero suficiente cena para la Noche de Reyes. Mañana se verá.

Cansado y con el frío en los huesos, el chico se sienta en el sofá despeluchado para ver en la tele las últimas carrozas de la cabalgata pasar por las calles de la capital. Las bandas de color turquesa y morada que cruzan la pantalla como serpientes apenas le permite distinguir detalle. Pero escucha el alegre nerviosismo de los niños y niñas y sube el volumen para tapar el llanto de su hermano.

Al otro lado de la avenida, por la que corren los ríos de luces blancas y rojas de coches impacientes por llegar a la mesa familiar, el señor mayor, con su sombrero y bufanda, llama al interfono. Debajo del brazo izquierdo lleva una gran caja envuelta en papel de regalo verde, que se está mojando ligeramente por el agua nieve. Entra en el vestíbulo revestido de mármol. Sube a la cuarta planta en el ascensor. Le están esperando con la puerta abierta. Papá, abuelo, yaya. Hace por esconder la caja, pero el nieto lo ve y lo escudriña y lo analiza.

Cenan navajas y vieiras, jamón y queso manchego, sopa de marisco, mero al horno, roscón de Reyes. El padre se pone agresivo con quien no quiera repetir. La madre se pone nerviosa con tanto traer y llevar cosas a la mesa. Los tíos y las tías se ponen morados de vinos y turrone. La hermana mayor se pone sentenciosa y se queja del consumismo excesivo. El hermano pequeño está quieto, guardando un silencio rencoroso y de vez en cuando mirando de reojo, ahora a su abuelo,

ahora al regalo de este donde descansa al pie del árbol de navidad. Es el segundo más grande de todos los regalos allí amontonados.

Cuando suenan las doce de medianoche en el reloj de pared, la madre, como de costumbre en esta noche, sugiere a sus hijos que se vayan a la cama antes de que lleguen los Reyes. El padre, rellenando su segunda copa de whisky escocés, la segunda con desinterés. Los tíos y las tías debaten jocosos sobre si los Reyes existen y sobre cómo castigan a los niños que encuentran despiertos. La hermana escucha paciente la misma discusión de siempre. El chico grita: "¡Quiero mis regalos ya!" A lo que su padre responde: "Puedes abrir uno y después, a la cama".

Dejó el regalo de su abuelo para el final porque sus sospechas le hacían temer lo peor. Pero después del teléfono móvil de ultimísima generación, de la camiseta oficial de su equipo de fútbol, de unas zapatillas de baloncesto de la mejor marca, y de una silla de gamer profesional con antebrazos 4K, acabó llegando el turno del regalo del abuelo.

Que ya lo sabía, que ya lo había intuido por la forma y el tamaño de la caja. Que no era la consola de videojuegos que, recién comercializado, empezaba a arrasar el mercado de los más pudientes. Era un triste muñeco Buzz Lightyear. Lo sacó de la caja con brusquedad. Le extendió sus alas. Y sin decir palabra lo tiró a lo alto y vio cómo se cayó sobre la alfombra, con un ala rota y una grieta en el globo del visor de astronauta. Las lucecitas parpadeaban débilmente mientras Buzz empezó a decir "Hasta el infinito", pero no llegó al más allá.

A la mañana siguiente el chico rebuscador salió del bajo para buscar más género. No tenía grandes esperanzas, siendo día festivo. Pero el sol brillaba tenue, plateado, sobre un cielo azul clarito y animaba al menos a salir a la calle, por mucho frío que hiciera.

A esas horas había poco tráfico. Pudo cruzar la gran avenida sin tener que esperar. Por hábito, sin hacerse ilusiones, se acercó a los contenedores de los pisos de los ricos. Aún había escarcha en los bordillos y en los huecos entre los contenedores. Iba levantando las tapas, una por una. Al levantar la última, vio una caja grande, desgarrada, y dentro un juguete que reconocía. Y que quería.

Sus manos temblorosos libraron a Buzz de la caja. Le faltaba un ala y el visor estaba agrietado. No importaba. Hurgó en la caja y encontró el ala rota. En su felicidad, su único pensamiento era volver a casa para enseñar el tesoro a su madre y a su hermano pequeño. Salió del hueco entre los contenedores para cruzar la calle.

El coche no lo vio, ni él al coche, tan absorto estaba en colocar el ala rota en su sitio. "Hasta el infinito" dijo Buzz al caerse al asfalto. No se sabe de qué lado del más allá se hallaba el pequeño rebuscador cuando, por casualidad, el chico del cuarto piso, pasando por allí, se detuvo al ver un charco de sangre, su Buzz y un niño, el dedo pulgar y el índice de la mano derecha sujetando algo que ya no estaba. El chico sacó una foto con su nuevo móvil de ultimísima generación y la subió a sus redes con la palabra "Pringa'o" como único comentario.

UN BILLETE A PONTEVEDRA

Ha pasado casi una hora desde que llegué a la estación. Espero en silencio, con la mirada clavada en las vías. Mis manos entumecidas no han soltado la maleta ni un segundo. Conforme la manecilla del reloj recorría la esfera, el cielo se ha ido vistiendo con los primeros azules del día. La aguja se acerca al final. Empiezan a pasar delante de mí abrigos, bufandas, mochilas, maletines. Sus pasos apresurados me recuerdan que el tiempo se acaba. Apuro temblando los últimos instantes que tendré los pies en esta tierra. He esperado tanto este momento... Y, sin embargo, ahora que estoy al borde del abismo, lo único que pido es un minuto más.

Levanto nerviosa la vista hacia los edificios de la ciudad. Las copas de los álamos del parque empiezan a amarillear. Las luces de los coches perforan la neblina. El leve susurro informe de la brisa da paso al bullicio del siempre puntual despertar de mi querida ciudad. Una bandada de golondrinas a lo lejos cruzan el aire frío de finales de septiembre, listas para partir, como todos los años, más allá del mar. Un millar de ventanas en las alturas reflejan la luz dorada del sol naciente. Entre todas esas ventanas, está la de mi casa. Todavía estoy a tiempo de dar marcha atrás.

Desde que cerré con llave la puerta de casa, cada pensamiento que invade mi conciencia me pide a gritos volver. ¿Volver dónde? ¿Queda algo a lo que volver? Un trozo de metal brillante atesorado en una caja de terciopelo, que ya no significa nada más que una alianza pasada de fecha de caducidad. La habitación desnuda de una niña, en la que conservé una cama con la esperanza de que cumpliera la vieja promesa de volver algún día. Un contrato de hace treinta años, del que solo queda la indemnización de despido de veinte semanas. Y ahora, el cuenco vacío de Coco, el último amor en abandonar mi casa, hace tres días. Esto es lo que me queda aquí.

La manecilla acelera hacia el final de la esfera. Todas las imágenes que habían aparecido los últimos días se agolpan ante mí y me acosan como un enjambre de avispas, en un desesperado intento de hacerme retroceder. La sopa caliente frente a la vieja estufa las noches de invierno. Los atardeceres de otoño en el balcón. Los besos cada mañana antes de ir al trabajo. La inagotable risa de la niña, dando paso con los años a los sollozos y las dudas. El miedo de cada interminable espera en los pasillos del hospital. Los primeros chirridos del oboe de mi hija. Los bailes improvisados en la cocina cuando ella se iba a dormir. Las golondrinas volviendo cada verano a la esquina del balcón. Las hojas de los mismos árboles, muriendo, cayendo, naciendo, una y otra vez.

Mis manos heladas se crispan en torno al asa de la maleta, tan fuerte que duele. El ardor me saca de mis pensamientos, me meto las manos en los bolsillos. En el bolsillo izquierdo, un billete de tren a Pontevedra. En el derecho, las llaves de casa. Aún puedo echar a correr y no volver jamás a la estación. Marcharme sabe a derrota. Estoy abandonando mi vida, incluso cuando no queda nada de ella. Todavía no termino de comprender que no queda nada.

La aguja del reloj apunta hacia el cielo. Las vías empiezan a zumbar. Aprieto los dientes para no gritar. Mis años se escapan en cada segundo que devora el reloj de la estación. Impotente, cierro los ojos y enraízo los pies en el suelo,

aguardando al que el huracán se lo lleve todo consigo. De pronto, se hace el silencio. Abro los ojos. Está aquí.

Me detengo un segundo ante las puertas del tren. El tiempo se ha acabado. Me siento mucho más ligera, un nudo en mi pecho que no sabía que tenía se había deshecho de golpe. He llegado al final. Hace treinta y cinco años, me detuve frente a las puertas de un tren, con una maleta en la mano, y le pedí que me llevara lejos de allí, lejos de mi infancia, lejos de mi mundo. Hoy lo miro de nuevo, con el mismo brillo en los ojos, y le pregunto si puede llevarme lejos de los fantasmas que duermen en mi ciudad. Ahí se quedan mis raíces, detrás de la línea amarilla, en el suelo de la estación. Al otro lado del abismo que separa mi ciudad del vagón, mis pies ya están muy lejos de allí.

Siento la impaciencia del tren. Un último pinchazo en las entrañas me recuerda que la puerta sigue abierta. Por toda respuesta, doy un paso hacia el interior del vagón. No voy a seguir esa llamada. Contemplo las puertas cerrarse. A través del cristal, dirijo una larga mirada a ese banco solitario en el que he pasado los últimos minutos de mi vida. Después, se pierde en la distancia. La ciudad pasa a toda velocidad tras el cristal, una última vez. Cuando entramos en el túnel, la ciudad se desvanece, solo queda en la ventana la mirada de una mujer. Tiene el rostro desencajado y marcado por cada uno de sus cincuenta y seis años. Las lágrimas se escapan de sus ojos como se escapa el agua entre los dedos. Pero, de alguna manera, sigo siendo yo.

Agotada, tomo asiento por fin y me permito descansar. Las letras brillantes de las pantallas del vagón me dicen cuánto tiempo queda para que empiece mi historia. Apoyo la cabeza en la ventana y cierro los ojos. Hay un largo viaje hasta Pontevedra.

MODALIDAD D. Finalista 2

Bajo la Alhambra

En el corazón del Albaicín, un barrio laberíntico y ancestral de Granada, nacieron mis abuelos, Luis y Encarnación, en una época en la que el tiempo parecía transcurrir más lentamente y las calles de piedra susurraban historias antiguas. Cada día, el Albaicín ofrecía una vista inolvidable de la Alhambra, una fortaleza imponente que dominaba la colina y que se convertiría en el testigo mudo de su historia de amor.

Encarnación con su cabello negro como la noche y una sonrisa radiante que iluminaba las calles sombrías, creció en una casa con patios llenos de flores y naranjos. Luis, por otro lado, era un joven apasionado por la música. Vivía en una casa blanca y azul de la cuesta del Chapiz. Aunque sus caminos parecían separados por las estrechas callejuelas del Albaicín, el destino tenía otros planes.

El primer encuentro entre Luis y Encarnación tuvo lugar en una de las plazas escondidas del Albaicín, donde una fuente de agua fresca y un banco de piedra servían como punto de reunión para los vecinos. La casualidad, o quizás el destino, hizo que coincidieran en aquel lugar, y sus miradas se encontraron como dos estrellas fugaces en una noche clara.

La pasión de Luis por la música pronto se convirtió en la banda sonora de su historia de amor. En las noches cálidas del Albaicín, Encarnación y Luis se sentaban en el mirador de San Nicolás, con la Alhambra iluminada bajo la luna, escuchando el sonido de la guitarra y el cante con una voz tan melodiosa como el río Darro que fluía a sus pies.

A medida que el tiempo pasaba, su amor se fortalecía. Las estrechas calles del Albaicín se llenaron de risas, secretos compartidos y promesas de amor eterno. Se casaron en la iglesia de San Nicolás, con vistas a la Alhambra, en una ceremonia llena de emoción y felicidad.

Encarnación y Luis vivieron toda una vida en el Albaicín, criando a sus hijos y compartiendo los altibajos de la vida. Su amor fue como un jardín que florecía en primavera, siempre renovándose y llenando de color sus días.

El Albaicín fue su hogar y su amor, un lugar donde las calles estrechas y empedradas fueron testigos de su historia. Y aunque el tiempo ha pasado, su legado perdura en cada rincón de este barrio mágico, donde las historias de amor como la suya siguen siendo la esencia de Granada, una ciudad donde los corazones se entrelazan como los senderos del Albaicín.

SÍNDROME DE KONSER-KAUS

Aquel hospital, que de por sí ya era desagradable, parecía hoy más caótico que de costumbre. El enfermero de la entrada le tomó los datos sin apenas reparar en su presencia, despistado como estaba en mirar a todos lados -menos hacia donde ella estaba, claro-, pálido como si hubiera visto un fantasma. La despachó mandándola al box tres, con una mano apretándose el costado derecho y con la otra aferrando el bolso y una tira de pegatinas que el atento receptor le había lanzado sobre el mostrador.

De detrás del biombo salió el doctor, despeinado y con esa bata que le venía grande, pero al menos sonreía de un modo agradable. Le preguntó por sus síntomas y le indicó que se tumbara sobre la camilla. Tras unos largos y desconcertantes minutos de inspección con prácticamente todos los instrumentos médicos que había en la sala, le pidió que se vistiera y que por favor se sentara.

Síndrome de Konser-Kaus. Sentía ser él quien le diera la noticia. Pero se encontraba ante un extraño caso de oxidación celular acelerada. Sin más síntomas que aquel dolor de pecho que le había llevado a consulta, su corazón se estaba necrosando y, en menos de 48 horas, dejaría de latir. El doctor le contó que había tenido la desgracia de atender otro caso similar durante su residencia como facultativo invitado en un centro hospitalario de Massachusetts y que le recomendaba que no perdiera el tiempo buscando una segunda opinión o un tratamiento de emergencia. No había nada qué hacer y lo único que podía recomendarle era que se fuera a casa y cerrara los asuntos que creyese pendientes.

Ojiplática, confusa, temblando y muerta de miedo, Berta condujo a casa como pudo. Durante el trayecto su cabeza no paraba de pensar. Que cerrara sus asuntos pendientes... Ese capullo no le ponía tratamiento alguno y solo le recetaba que cerrara sus asuntos pendientes... ¡En menos de dos días! La angustia y el llanto dieron paso a la rabia tras la primera vuelta a la manzana sin encontrar aparcamiento. Vio aquella plaza reservada para taxis y colocó allí su coche. Total, ya no estaría para cuando le llegara la multa.

Envalentonada por haberse atrevido a aparcar donde no se lo permitían, se preparó un buen baño con bombas de sal, de esas que tenía guardadas de su visita a La Toja hacía cuatro años. Se sirvió una copa de vino y busco en Spotify una lista de temas relax. Media hora después, abrió el ordenador y buscó entre los archivos aquella carpeta en la que guardaba su eterna novela inacabada y comenzó a teclear. Seis horas, cuatro cafés y dos pausas para ir al baño después, la novela estaba terminada. Buscó su lista de editoriales que aceptaban manuscritos y empezó a enviar. Cuando acabó ya eran las nueve de la mañana, estaba exhausta, pero no quería perder el tiempo. Así que se dio una ducha rápida, se recogió la melena en un moño y se dirigió al trabajo.

Allí estaba ella. Tal y como había imaginado. De pie en la puerta. Con el ceño fruncido y el dedito señalando la esfera de su caro reloj digital. Y allí estaba también Berta, quien, más rápida en la lengua que su superiora, le soltó de corrido que el único motivo por el que aquella mañana había ido a trabajar era para decirle lo mala persona que era, la pena que le daba que su única pasión en la vida fuera joder la de los demás y que aún estaba a tiempo de pedir perdón por sus actos y demostrar un poquito de humildad. Lo que Berta no había imaginado era que el silencio que se hizo en la oficina se vería roto por unos aplausos que venían de la sala contigua y que poco a poco se extendieron por todo el local. Así que, más orgullosa que un capitán general el Día de las Fuerzas Armadas, cogió de su mesa únicamente la plantita verde que regaba todas las semanas y salió a seguir cerrando asuntos pendientes.

Había consumido ya dieciséis horas. Y le estaba entrando hambre. Se dirigió a la Calle Mayor y entró en la pastelería Sabores. Evitaba ese trayecto a propósito desde hace dos meses, cuando decidió que sí o sí entraría para verano en una talla treinta y ocho. Seguía en su perenne cuarenta. Pero hoy le daba lo mismo. Pidió un chocolate a la taza caliente y un gofre con sirope de cacao, caramelo y nata. Le supo a gloria bendita. Pagó con un billete de diez euros y se fue a la calle sin esperar el cambio.

Su último asunto estaba bien cerca. Pasó a casa, se lavó los dientes, se atusó el cabello, se vistió con la camisa roquera que de joven tanto le gustaba y que aún conservaba en el armario y salió al rellano. Con el corazón acelerado subió hasta la planta ático y se paró a escuchar. El sonido del piano atravesaba las puertas y ella imaginaba sus dedos deslizándose con suavidad sobre las teclas...El tiempo era oro y a ella se le agotaba, así que dejó el ensimismamiento y la fantasía sobre aquel felpudo en el que se limpió las botas y llamó al timbre del Ático B. Una, dos, tres veces...si no abría pronto, echaría la puerta abajo. Pero abrió. Y no le dio opción a preguntar o a sorprenderse, porque de inmediato Berta se abalanzó sobre él y le besó como jamás había besado a nadie. Profunda y lentamente. Le estaba entregando el poco aliento que le quedaba. Y él se lo aceptó. Estrechó su cuerpo con fuerza y la llevó hasta el salón. De una mesa hacia el sofá. Del sofá hacia la alfombra. De la alfombra al dormitorio. Y entre los cuerpos, el calor y aquel edredón tan blanco, Berta cayó dormida, deseando que en ese estado de placer le encontrara la muerte...

El teléfono no cejaba en su empeño de despertarla. Lo encontró en el bolsillo trasero de su vaquero, tirado en la alfombra, y aunque dudó si cogerlo, al reconocer el número, contestó. Era el servicio de urgencias en donde le habían atendido la tarde de antes. Le rogaban que se personara en el hospital lo antes posible. Berta se negó, no pensaba perder las horas que le quedaban en aquel hervidero de dramas. Entonces la voz le explicó que, lamentablemente había sido víctima de un error diagnóstico. Todo había formado parte de un desafortunado incidente con un enfermo que se había escapado de la planta de psiquiatría y había acabado en urgencias, dando un diagnóstico fatal a las diferentes personas que habían pasado por el box en el que se había escondido emulando a la perfección a un afamado doctor. Al ver la pegatina con sus datos y el informe escrito a mano con su probable diagnóstico entre las carpetas que llevaba el paciente cuando le localizaron, entraron en su expediente y vieron la placa que éste le había hecho y que simplemente mostraba un pequeño desgarró muscular. Le rogaban disculpara las molestias ocasionadas y le deseaban un feliz día.

Berta no se lo podía creer. Se había pegado la paliza del siglo para terminar la dichosa novela. Había perdido el trabajo encarándose a su temible jefa. Se había comportado como una adolescente lanzándose al vecino del que llevaba enamorada años. Y todo pensando que iba a morir mañana. Y ahora que todo era una farsa, era cuando realmente se quería morir... Respiró hondo, miró hacia la cama y le observó dormido. Se calzó los vaqueros y la camiseta de rock y se dirigió al piano. Hizo sonar dos teclas. Vibraban tan bien... Lo pensó despacio. Nunca una mentira le había hecho sentir tan mal y a la vez tan bien. Volvió a sonar el móvil. ¿Qué más podría pasar? Era una de las tantas editoriales a las que la noche anterior había enviado la novela. Jamás habían leído nada tan apasionado. Querían publicar con ella. Definitivamente Berta no se lo creía. No podía entender cómo sentir la muerte tan cerca le había hecho exprimir en tan poco tiempo la vida, sacándola todo ese jugo que ahora estaba saboreando gustosa. Volvió a hacer sonar el piano y, secándose las lágrimas, decidió que su prólogo dedicatorio iría dirigido a la cordura que un mal día un loco puso en su camino.

CAUTIVO DEL TIEMPO

Homenaje a "La canción del pirata" de Espronceda.

Deseo expresar una queja: yo no debería estar aquí. Me explicaré. Hoy, para mi personal tragedia, yazco en un anodino museo, en medio de una gran sala que albergó lo que antaño fue la aduana de un notorio puerto mediterráneo. Y aquí, cautivo del tiempo, se me utiliza para mostrar a propios y extraños la historia naval de una ciudad que presume de marinera. Yo, que aborrezco los puertos, me veo expuesto, cual atracción de feria, estando a no más de treinta metros de mi medio natural: el mar.

Ahora, apenas una sombra de lo que otrora fui, me veo mudo y cautivo, cuando tres siglos atrás era un osado bergantín que hacía temblar las orillas del Mediterráneo. Desde Gibraltar hasta Estambul mi presencia era temida por no pocos lugareños, goletas y jabeques. Y hasta por algún buque de guerra que, ante mi potencia de fuego, huía a todo trapo de mis dominios, pues yo fui, hasta quedar aquí trabado y obsoleto, un intrépido barco pirata. Y lo digo con meridiano orgullo.

En estos tiempos tan cambiantes, puede parecer ridículo el desangelado porte que hoy ofrezco, puesto que en dicho museo, soy una reliquia relegada al olvido. Sin embargo, antaño sólo el mástil mayor, donde ondeaba la enseña de la calavera y las tibias cruzadas, junto al trinquete y el palo de mesana que sostienen las vergas y componen mi arboladura, me confería un fiero aspecto que amedrentaba por su magnitud. No pocos artesanos se ocuparon de la dura madera y un par de artistas cincelaron leyendas alusivas a motivos marinos, consiguiendo unos repujados sin parangón.

El velamen, de lona recia, capaz de aguantar estoico los temporales más severos, era de un blanco impoluto que cegaba los ojos del vigía más curtido. Verlo flamear con la generosidad de los vientos de levante llenaba de dicha a cualquier tripulación que se preciara. Pena me da saber que las usadas velas resten ahora pálidas y marchitas, huérfanas de los alisios que las henchían hasta conseguir tensar las jarcias rumbo a la línea que marcaba el timonel. De mi casco, construido con sólidas tablas de roble, se podía afirmar, sin el menor género de dudas, que desafiaba no sólo a las inclemencias del tiempo, sino a más de una salva de cañonazos que tuve que soportar en acto de servicio. Nueve meses, cual embarazo bien concebido, es lo que tardaron los maestros carpinteros del astillero en convertir aquellos pesados maderos en la nave que impresionaría por su empaque y poderío al más curtido lobo de mar. Porque de allí, entre sal y sol, es de donde procedo. Soy hijo del viento y del mar.

Sin embargo, lo que luzco con mayor arrobo, son los veinte cañones que atesoran mis portillas de babor y estribor, prestos a asomar por sus troneras a una orden de zafarrancho del contra maestre. Durante algo más de medio siglo, yo fui el bajel pirata más temido a lo largo y ancho del Mare Nostrum. Nadie ensombrecía mi hegemonía. Parecía que el azul infinito era mío, puesto que haciendo gala de temerario desdén, arrostraba el peligro con decisión, aunque se tratara de una batalla de incierto pronóstico.

Evoco aquellos tiempos en que hurtábamos mercancías de gran valor o nos apoderábamos de fortunas en lingotes de oro y plata para revenderlas en algún alejado puerto. Al observar, desde un ventanal abierto a mi diestra, los yates y veleros anclados en el muelle, me duele verlos convertidos en juguetes

de recreo, en herederos bastardos de navíos que, como yo, forjamos nuestra leyenda a fuerza de abordajes, demostrando arrojo y denuedo en el combate.

Ahora que soy objeto de fotografía pasajera, que no consigo estremecer como antaño, me siento cautivo y desamparado, añorando la época en la que surcaba el mar hacia el horizonte al acecho de alguna vela y haciendo tronar los cañones, siempre listos para arrojar una andanada en un eventual ataque. Hoy, cuando los portones del museo se cierran, cuando los focos duermen y el guardián efectúa su tediosa ronda nocturna, es cuando tenso mis músculos e hincho mi velamen en recuerdo de tan glorioso pasado. Aún puedo escuchar, en las noches de temporal, los envites del cercano mar y hasta creo percibir su inconfundible olor salobre. Así rememoro los capítulos de abordaje, donde sin normas ni misericordia, se asaltaba una presa a sangre y fuego para obtener algunas monedas que acabarían cambiando de mano en un maloliente burdel o en alguna apestosa taberna. Porque la piratería suponía un estilo de vida y yo el refugio de cuántos vivían lejos y al margen de imposiciones y servidumbre.

Todavía conservo, en no pocos rincones de cubierta, cientos de golpes de hacha y alfanje, fruto de las peleas libradas para logro de mayor botín. Y no es menos cierto que, en ocasiones, percibo el olor a pólvora o los gañidos de un barco derrotado, cuando empezaba a escorarse por el impacto de alguno de mis cañones. También yo recibí no pocas heridas, pero todas y cada una de tales cicatrices han forjado mi ser y mi aura. No obstante, las proezas vividas por cada uno de los clavos que sirven para unir las cuadernas que componen mi quilla, apenas se relatan. Sólo soy un bergantín postrado en un rincón del museo, olvidado, muerto. Por eso, verme relegado a mero objeto de exposición humilla mi alma y mancilla mi reputación, pues es preciso recordar que yo no fui construido como punto de reunión de febriles enamorados ni para postal de fugaz recuerdo y, mucho menos, para distracción de alumnos primerizos.

Ayer, tras una visita escolar, me sentí enfermo y derrotado. Hastiado de tanta verborrea. Apenas una gris reseña sobre mis hazañas. Mozalbetes necios adoctrinados cual torpe rebaño y cuidados con excesivos mimbres, ni siquiera repararon en mi empaque y tronío. Nadie se fijó en la gallardía que rezumo. Otra sala, con objetos más futuristas con un espectáculo interactivo de luz y sonido, atrajo la atención de semejantes botarates. Yo me quedé ignorado y lastrado en mi obligado cautiverio, que lejos de aliviar la congoja que me aflige, hunde más, si cabe, mis ya decaídos ánimos.

¡Progreso, maldito progreso que ancla bravos navíos entre silenciosas paredes! Devolvedme al mar, a mis ceñidas y bordadas. Quedaos con vuestros focos y pedestales. Lo que yo ansío es enfrentarme a tempestades y cañones, no a luces efímeras ni a miradas indiferentes. Ningún barco, oídme, ninguno, debería ser varado a la fuerza, amarrado para siempre a tierra firme, pues los puertos tendrían que ser refugio pasajero para calmar la sed y los desatinos de la tripulación, y una vez remozado el casco, zarpar de nuevo rumbo a lejanas fronteras con el fin de navegar en pos de su destino.

Repito mi lamento. Yo, que albergo corazón guerrero, no debería estar aquí, porque como dice el poema:

***“Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar”.***

BREVE ENCUENTRO

El viajero descansa a la sombra de una noguera mientras lee *Viaje a la Alcarria*. Lo leyó hace mucho tiempo, obligado, en el instituto y entonces le pareció aburrido; el caminante llegaba a un pueblo donde charlaba con la gente, que era muy maja; comía, bebía y descansaba; así un pueblo tras otro. Ya en la universidad, esta vez porque quiso, leyó *On the Road*, de Kerouak; estaba de moda la generación *beat*, pero exceptuando la vastedad del territorio y cambiando el vino y el cordero por whisky, drogas y mujeres, no dejaba de ser lo mismo que el libro de Cela, un viaje de evasión de la realidad para tratar de dialogar con uno mismo.

Y en eso estaba; se encontraba en una crisis existencial característica de nuestra época, llena de estímulos pero vacía de significado. La Ruta 66 le quedaba lejos y el Camino de Santiago pensó que estaría lleno de gente en su misma situación y no soportó la idea de juntarse en los albergues con otros peregrinos a hablar de su búsqueda vital y sus devaneos mentales que no llevaban a ningún lado. Así que decidió darle una segunda oportunidad a Cela e irse solo a caminar por esa comarca entre Guadalajara y Cuenca que, según sus propias palabras, es "*un hermoso país al que a la gente no le da la gana de ir*".

Levanta un momento la vista del libro y ve a un muchacho que viene del pueblo caminando hacia él. Lleva una indumentaria poco apropiada para un joven, algo anticuada y se apoya sobre una vara de avellano, doblando un poco el cuerpo a cada paso, como si le costara mantener el equilibrio.

- Buenos días - dice el viajero.

El muchacho no responde. Estira el cuello y mira hacia un punto lejano en el cerro, girando lentamente la cabeza de un lado a otro.

- ¿Qué haces? - insiste el viajero.

- Simón está escuchando el viento en los árboles - responde el muchacho.

La siguiente cuestión sería preguntarle por su nombre, pero el viajero lo considera innecesario. Se queda observándole un momento, viendo como su semblante se va transformando en un gesto de alarma, mientras siente el susurro de las hojas.

- ¿Y qué te dicen? - vuelve a preguntar.

El muchacho tarda en responder - Están preocupados seguramente por tanto calor. Los árboles sienten las hojas demasiado secas - Habla muy despacio, casi sin entonación, de manera algo mecánica; pero a pesar de su evidente preocupación, su voz suena tranquilizadora y amable.

- Pues yo estoy leyendo este libro, *Viaje a la Alcarria* - informa el viajero - Habla de tu pueblo, ¿lo has leído?

De nuevo tarda en contestar - Simón no sabe leer y aunque supiera ¿por qué iba a leer cosas sobre su pueblo? Vive aquí y ya las sabe. Seguramente si pudiera leer leería sobre otros pueblos que no conociera.

Inteligente respuesta, piensa el viajero y vuelve a lanzar otra pregunta al muchacho - ¿Cómo es que no sabes leer? Eso es muy raro hoy en día.

- La gente cuenta que antes Simón era muy inteligente pero cuando tenía nueve años se ahogó en una poza del río y cuando despertó se había quedado tonto y ya no sabía leer - cuenta el muchacho como hablando de una tercera persona - Algunos dicen que seguramente fue por el tiempo que estuvo sin respirar otros dicen que seguramente fue por algo radiactivo de la central.

El viajero desvía la vista hacia el penacho blanco de vapor que se alza por encima de las alcarrias y delata la presencia de la central nuclear.

- No sabes leer, pero entiendes lo que dicen los árboles - dice el viajero.

- Antes Simón sabía leer pero desde el accidente Simón entiende lo que hablan los animales las plantas el viento la montaña las nubes - se queda pensando, como echando cuentas del resto de elementos de la naturaleza con los que es capaz de comunicarse - Pero Simón no entiende bien lo que dicen los pájaros porque hablan muy deprisa y muy difícil. Entiende mejor a los perros y gatos y otros animales del monte.

El viajero no sabe que pensar. Si Simón le está tomando el pelo o si verdaderamente es capaz de entender lo que le dice la naturaleza. Habla con un gran poder de persuasión y parece sincero en todo lo que dice.

- Además de perder la capacidad de leer Simón se volvió más ligero cuando le sacaron de la poza - continúa relatando el muchacho - Como si parte de él se hubiera quedado en el fondo del río. Seguramente en ese peso que perdió estaba su inteligencia. A veces va a ese recodo del río a buscar el peso que le falta. Pero el río aunque parezca el mismo cada vez es diferente aunque su forma sea muy parecida el agua no es la misma. El agua no tiene memoria habla ahora pero no recuerda el pasado no sabe decir dónde puede estar el peso que le falta.

Hace una pausa, esta vez como escuchando el río que discurre por el valle y continúa hablando - Aunque el agua de hoy no es la misma que la de ayer también dice que está triste porque cada vez tiene menos peces y plantas y porque está sucia y eso le hace sentirse mal.

Se quedan los dos en silencio. El viajero piensa que el muchacho, aunque no sepa leer ni haya estudiado, posee una gran sabiduría, difícil de encontrar en muchas otras personas supuestamente más inteligentes. Entiende bien la naturaleza y se preocupa por el daño brutal que le estamos infringiendo desde nuestra sociedad derrochadora y consumista.

- Y tu libro, ¿dice algo sobre la angustia del aire los árboles y el río? - pregunta el muchacho.

- No - dice el viajero cerrando el libro - Habla sobre como era este lugar hace tiempo, cuando el aire estaba limpio, el río cantaba y las hojas reían.

- Creo que si pudiera me gustaría leer tu libro - dijo el muchacho esbozando una sonrisa y comenzando a caminar de nuevo hacia el pueblo.

El viajero se queda de nuevo solo y piensa que con este breve encuentro ya ha valido la pena el viaje.

